

EL ECO DE CARTAGENA.

Sábado 20 de Mayo de 1882.

LA DECADENCIA DE ESPAÑA
DESDE MEDIADOS DEL SIGLO XVI
A IGUAL ÉPOCA DEL SIGLO XVIII.

XXVII.

Hemos llegado al término del camino que nos propusimos recorrer; hemos presentado como en relieve los efectos de ese fatalismo político que, en una sucesión, no interrumpida de cuatro reinados, llevó á la España por una escala descendente desde el pináculo de la gloria al más profundo abatimiento, de la opulencia á la pobreza, de la significación que dan la fuerza y el poder á la más completa nulidad. Profundizar sus causas, entrar en su economía, será ahora el objeto de la continuación de nuestro estudio. Pero ántes, y para que mejor pueda apreciarse el contraste, echemos una ojeada retrospectiva á la España de Carlos I, tal como la halló Felipe II al sentarse en el trono de su padre.

Después de éste ningún soberano fué más poderoso que Felipe II.

Reinaba en Castilla, en Aragón, en Navarra, en Nápoles, en Sicilia, en Cerdeña, en el Milanesado, en el Rosellón, en los Países-Bajos y en el Franco Condado; esto era en Europa.

En Africa era dueño de Túnez, Orán, Ceuta, Melilla, las Islas Canarias, las de Fernando Poo, de Añónbono y de Santa Elena. En América imponía sus leyes á Méjico, al Perú, á toda la tierra firme, la Nueva Granada, Chile y las vastas provincias bañadas por el Paraguay y el río de la Plata. La extensión de estos dominios era dos veces mayor que todo el territorio de los Estados Unidos; solo el reino de Méjico era cinco veces mayor que España. Además poseía en las regiones tropicales la riquísima isla de Cuba, la de Santo Domingo la Martinica, la Guadalupe y la Jamaica. En el mar de las Indias tenía las Filipinas.

Con razón decía Felipe II que el sol jamás se ponía en sus Estados; y para asegurar tanta grandezza, su matrimonio con Maria Tudor le trajo la amistad de la Inglaterra uniéndosele á su política con sus ejércitos y su poderío naval.

Por uno de esos extraños contrastes de la fortuna, sucedía que al paso que nuestra España crecía en fuerza y preponderancia, las demás naciones experimentaban efectos contrarios, y todo era en su derredor perturbación y desquiciamiento. El Portugal y sus colonias gemían en la decadencia; la Francia estenuada por las desastrosas guerras de Francisco I y los partidos religiosos, recogíase

en su misma debilidad. La Inglaterra sufría también las consecuencias del encono religioso; la Alemania estaba dividida como la Francia y la Inglaterra entre las dos creencias que se disputaban el imperio de las conciencias, la Polonia estaba dominada por la anarquía; la Rusia concluía de salir de su larga sumisión á los Tartaros, los Estados escandinavos habían perdido su fuerza desde el rompimiento de la unión de Cambray, y la semibarbarie en que estaban sumergidos aun no les permitía obrar sobre los destinos de la Europa civilizada.

La Italia ¡ah! la Italia, ya no se podía contar en el número de las naciones; el norte y el mediodía hacían parte de la gran monarquía española, y los estados del centro, Roma, Parma y Plasencia, Génova y Florencia estaban bajo la influencia de Felipe II; Venecia no era más que un recuerdo.

En medio de esta general ruina solo la España se levantaba unida y fuerte, imponiéndose en todas partes con su política ó con sus armas. De aquí nació el decir: *al menor movimiento de la España la tierra tiembla*.

A los españoles del siglo XVI parece haber tocado en suerte, por un favor especial, el don de conservar su autoridad una vez sentada sobre los pueblos conquistados, de otra manera que por el terror de sus armas. Los vireyes de Nápoles, de Sicilia, de Méjico y del Perú, y los gobernadores del Milanesado, del Franco Condado y de los Países-Bajos procuraban demostrar á sus inferiores aquella familiaridad noble que arrastra voluntades, sin menoscabo de la obediencia y el respeto. Por otra parte, Felipe II poseía ejércitos suficientes, y poderosas escuadras para mantener sujetas tantas naciones de lenguas, costumbres, creencias, usos y orígenes tan diferentes. La Infantería española había llegado á ser la primera de Europa, y el infante castellano ha muchos años que dominaba en el campo de batalla por su denuedo bajo el fuego; como por su sobriedad y sufrimiento; resignado cual no otro en las fatigas y privaciones, se le veía esperar paciente, á falta de prest, el saqueo de alguna ciudad de Alemania, de Flandes ó de Italia. Todas estas virtudes había demostrado admirablemente ante los muros de Granada, en el reino de Nápoles, en Ravenna en Pavia y en Mühberg.

Después de estas señaladas victorias, las tradiciones de fidelidad, de honor y de bravura quedaron perpetuadas entre los gefes, y aun entre los simples soldados, y para su mayor enaltecimiento, se entregaron á un regimiento escogido, llamado el

tercio viejo las gloriosas banderas de Gonzalo de Córdoba, que á la vez sirvieran á las generaciones futuras de ejemplo de virtudes que imitar.

Los jefes se distinguían por sus conocimientos especiales y larga práctica en el arte de la guerra. Si acontecía que el favor de la corte, por que esto lo ha habido en todos tiempos, ponía á la cabeza de los ejércitos un general de poca capacidad, la ciencia de los oficiales suplía á la que le faltaba; pero el mayor número de los generales de Felipe II eran dignos de la confianza del soldado. Fernando Emanuel, D. Juan de Austria, el duque de Alba y el príncipe de Parma, están reputados por los primeros tácticos de su época.

El duque de Saboya, tan heroico en las batallas, como en la adversidad; tan diestro en sus movimientos como habil en aprovechar las ventajas que le proporcionaban el azar ó su pericia terminó su brillante carrera militar por la célebre victoria de San Quintín. D. Juan de Austria, esa gran figura histórica, á falta de otros testimonios de su valor, bastarian para hacer inolvidable su memoria la guerra contra los moros de las Alpujarras, y la nunca bien ponderada batalla de Lepanto en la que quebrantó el poder de la media luna y salvó á la cristiandad. El duque de Alba tiene escrito en su historia el haber conducido un grande ejército de Italia á Flandes, empresa, a la sazón de suyo arriesgadísima, que le acreditó de hombre previsor y consumado táctico; sus demás dotes militares pregonados están en el hecho de que en menos de un año conquistó para España un nuevo reino, cuyos destinos habían de quedar ligados durante sesenta años á los de esta monarquía. No ménos grande en la reputación militar, el duque de Parma, su memoria recordará siempre la ciudad de Amberes, que riñió y tomó por armas, así como las de Paris y de Ruan, en cuyos alrededores hizo levantar tiendas y ponerse en fuga á un poderoso ejército, que sitiaba ambas plazas.

En el mar, nuestra marina de guerra, costaba dignamente, cual los ejércitos de tierra, el honor de la monarquía. Felipe II mantenía escuadras en las costas de Galicia, de Guipúzcoa, del reino de Nápoles, de Sicilia, de los Países-Bajos, y en el estrecho de Gibraltar. Estas escuadras se componían en tiempo de paz de cien buques, sin contar una flotilla de cincuenta galeras encargadas de proteger á la marina mercante contra la piratería argelina.

Con una armada imponente; y con ejércitos aguerridos, acostumbrados á llevar delante la victoria; con tal rey y tales caudillos, se concibe el que la España pudiera un día

amenazar la libertad del mundo; y no causará extrañeza el que Felipe II desvaneciera su cerebro con los sueños de monarquía universal.

MANUEL GONZALEZ.

MAHOMA
POR

ABDON DE PAZ.

(Continuación.)

Una tarde de verano del año de gracia de 581 llegó á Siria, al convento nestoriano de Bosrah, situado al Este del Jordán y Sud de Damasco, una caravana árabe, guiada por el anciano Abú Taleb. Venía de las montañas del Hedjaz, de ciudad oculta en estrecho valle, asentada sobre arenisco suelo y bajo sol candente, y célebre por su Kaaba ó Torre Cuadrada. Abú Taleb llevaba consigo un sobrino suyo de once años, también de la Meka. El niño se decía hijo de la tribu de los koreichitas, descendientes en línea recta de Ismael y custodios del misterioso templo. Huérfano á poco de nacer de su padre Abdalah, y luego de su madre Amena, fué recogido por su abuelo Abdel-Motaleb, que le confió á la nodriza Halima, y á la muerte de aquél por su tío Abú, que le adiestró en el comercio. Con facilidad el monje Bahira, del convento de Bosrah, inició en el nestorismo al perspicaz adolescente.

Vuelto á la Meka, granjeóse el nieto de Abdel algunas simpatías, por su talento, carácter y belleza, hasta que sus burlas contra la religión nacional le acusaron de sospechoso.

Cuando los koreichitas reedificaron su famosa Torre, se promovió disputa acerca de quién había de colocar la meteórica *pedra negra*, traida según la leyenda por el Angel Gabriel en vida de Abraham, y adorada con sus trescientas sesenta deidades, representantes de los equivocados días del año. Y como las tribus convinieran en ceder sus derechos al primero que entrara en el lugar sagrado, y Mahoma realizara la empresa; llamó este hecho la atención, en particular de Kadiga, viuda de rico mercader, la cual encargó la dirección de sus negocios al afortunado mancebo, á la sazón criado de su casa.

Mahoma emprendió nuevo viaje á Siria; aumentó en él los intereses que se le confiaran; y al regresar aceptó la mano de Kadiga, con tanto mayor gusto cuanto que, libre de los afanes de la miseria, pudo dedicarse durante quince años á sus estudios favoritos.

Vió cómo el imperio persa, minado en su triple concepto religioso, moral y político, había pasado del monoteísmo al dualismo, del dualismo al magismo, y del magismo á la idolatría, para enervarse en la moli-